

UNA VISIÓN SESGADA DE RACIONALIDAD FRENA EL PROGRESO DE LA CIENCIA ECONÓMICA

*Jesús M. Zaratiegui**

Resumen: En la ciencia económica, eficiencia y equidad parecen ser valores irreconciliables. Más aún, el uso indiscriminado de la racionalidad estratégica ha dado demasiada ventaja a la primera. De este modo, nos vemos abocados a una alternativa perversa: ser científicos (ciencia económica) o político-normativos (otras ciencias sociales). Opino que no hay un único equilibrio en la vida social: diferentes lenguajes científicos pueden convivir y beneficiarse mutuamente del diálogo entre ellos.

Abstract: In Economics, efficiency and equity seem to be opposite values. But the abusive use of the concept of strategic rationality has given the upper hand to the first. So, we are forced to a perverse choice: to be scientific (Economics) or to be political-normative (other social sciences). I posit that there is not a single equilibrium in social life: different scientific languages can coexist and engage in mutually beneficial dialogues.

Introducción

En las últimas décadas la ciencia económica ha entrado en un período de estancamiento, especialmente en Macroeconomía. Nuestra disciplina parece sentirse cómoda en su papel de apoyo al *status quo*. Los economistas hemos dejado de plantearnos cuestiones nuevas, como hicieron Adam Smith o Alfred Marshall. Los ricos debates que tuvieron lugar en los años setenta son cosa del pasado,

* Licenciado en Historia Contemporánea y Doctor en Economía (Universidad de Navarra). Profesor Titular de Historia e Instituciones Económicas, Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, Universidad de Navarra. Email: jmzarati@unav.es

y se ha instalado un cierto escepticismo acerca de las posibilidades reales de un progreso de nuevas ideas capaz de provocar una revolución *à la* Keynes. En el trabajo empírico se ha impuesto la tendencia a analizar sólo las cuestiones que pueden ser abordadas mediante herramientas econométricas. En la profesión tiene más prestigio la investigación que sólo incidentalmente se ocupa de los hechos reales del mundo. Pero la crisis mundial iniciada en 2008 ha hecho saltar por los aires muchas certezas, permitiendo un diálogo crítico entre los economistas y otros científicos sociales.

Como señala Reder (1999: 21, 142-6), la prueba de fuego de un acercamiento racional al mundo es la capacidad de predicción y control, pero no cualquier tipo de predicción: hemos de excluir aquella sin relación a una ley, que no puede ser considerada científica, como la predicción del tiempo: las características de esa tarea son similares a aquellas asociadas con la predicción de las condiciones del mundo económico. Pero seguramente este ejemplo no sirve porque la mayor parte del trabajo empírico en nuestra ciencia busca dar explicaciones convincentes de lo que ya pasó. Debemos reconocer que la conducta humana, aunque esté guiada por objetivos, es esencialmente no impredecible (Keita: 1992: 83). Esta limitación puede entenderse si nos fijamos en que la naturaleza de los fundamentos axiomáticos de la Economía (su anclaje al postulado de la racionalidad) ha comprometido seriamente las pretensiones científicas de nuestra ciencia.

Así se pone de manifiesto la importancia del concepto de racionalidad que se usa en la interpretación de las experiencias humanas, en cuestiones de interés epistemológico como la naturaleza de la investigación científica en Economía o el papel de la ética en nuestras elecciones (Keita: 1992: 94). La cuestión aparece porque encontramos diversas definiciones de racionalidad, a veces mutuamente discordantes entre sí (Schnädelbach, 1984). Estudios recientes etnológicos han arrojado dudas acerca del mínimo exigible a las distintas culturas para poder otorgarles la calificación de racionales. Incluso dentro de la filosofía de las ciencias se ha llegado a un punto crítico con el desarrollo de la teoría histórica de la ciencia y de los movimientos políticos: se considera imposible un concepto general y unificado de racionalidad.

Por esta razón otras ciencias sociales abandonaron a comienzos del siglo XX la racionalidad como axioma y piedra angular de su desarrollo posterior. Sin embargo, la Economía se aferró a lo que llamo *racionalidad estratégica*, aquella que intenta mantener la neutralidad respecto a valores, objetivos y fines. Como esas ciencias advirtieron ya hace tiempo, esto parece difícil de mantener, ya que las acciones de observar, recoger datos y calcular están cargadas de valores (y de juicios de valor).

En este artículo intento mostrar que el postulado central de racionalidad del que se deriva la estructura axiomática de la economía neoclásica no puede ser considerado científico. Se ofrece una explicación alternativa de por qué y cómo nos hemos metido en este camino sin salida. Este concepto sesgado de racionalidad estaría frenando el adecuado progreso de la ciencia económica, racionalidad que sería una hipertrofia del espíritu de investigación racional, y reflejaría bastante bien el punto de vista que la Economía toma en su análisis del mundo.

Un callejón sin salida

Kristol (1981: 203) apunta que esta crisis se ha ido incubando al mismo tiempo que aumentaban las pretensiones científicas de la ciencia económica a lo largo de las últimas décadas. Sería resultado de lo que Hayek llama *cientifismo*, la creencia de que se puede alcanzar un entendimiento comprensivo de todos los asuntos humanos usando el mismo método, y con el mismo grado de éxito, que el de las ciencias de la naturaleza. La racionalidad económica queda reducida a la maximización de una función de utilidad o de los beneficios, y esto es claramente un caso de medios / fines o racionalidad instrumental.

El cuestionamiento del concepto de racionalidad neoclásico hizo que la Economía viera reducido su nivel de aceptación, especialmente en los países anglosajones, en los primeros años del siglo XX (Bell, 1981: 58). Fue catalogada negativamente como académica, teórica, abstracta y a-histórica. Los economistas empíricos tuvieron muchas dificultades para establecer la

conexión entre esta imagen abstracta y el mundo real. Esto ocurría al mismo tiempo que otras ciencias sociales abandonaban la racionalidad como axioma incontestable.

Las cosas habían cambiado en los años cuarenta, cuando una revolución metodológica llevó a a creer que la Economía se convertiría finalmente en una ciencia de verdad, no en campo de entretenimiento para académicos. Matemáticas, estadística y modelos teóricos eran la punta de lanza de este nuevo enfoque del que se esperaba mayor capacidad predictiva y políticas económicas científicamente contrastadas. La matemática siguió ahí pero el optimismo se esfumó: la claridad y la certeza, por no mencionar la apreciación pública, aún son esquivas a nuestra disciplina.

De nuevo se volvió a cuestionar los postulados básicos de la economía neoclásica, sobre todo respecto al modelo de equilibrio competitivo y los supuestos acerca de la conducta de individuos, empresas y gobiernos (es decir, la maximización de la utilidad). La pregunta no es tanto si hay una crisis *en* la teoría económica sino si se trata de una crisis *de* la misma teoría económica. Ésta se halla en revisión, y no ha podido resolver adecuadamente sus problemas a causa de la dominación de lo que Lavoie (2000: 20-1) llama supuestos filosóficos *modernistas*. Este modernismo distorsiona la Economía impidiéndole convertirse en la disciplina culturalmente relevante que podría ser, y el adiestramiento modernista de los economistas suele dejarles mal equipados para el estudio del mundo real.

Esta desviación moderna de nuestra disciplina ha tomado la forma de formalismo cuantitativo, con una excesiva dependencia de las técnicas matemáticas. Los que sobresalen en la profesión (medido en las revistas de alto índice de impacto) son aquellos que dominan las técnicas econométricas y de economía matemática (Klamer; Colander, 1987: 95). Hasta los años '50 sólo una pequeña proporción de los investigadores se inclinaba por la estadística aplicada a la Economía. Pero ahora parece que la única cualidad reconocida es la capacidad para refinar los modelos econométricos. Esta dependencia de las revistas hace que la primera condición de todo estudio empírico respetable sea asegurar que tiene los datos estadísticos suficientes para extraer de ellos conclusiones generalizables.

Usando ese concepto de racionalidad la ciencia económica se las arregla para obtener principios que la estructuran como pseudo-ciencia. Pero ha provocado críticas y propuestas de enfoques alternativos para nuestra disciplina: por ejemplo, la Economía Evolutiva, que no se centra tanto en el concepto de eficiencia como en las ideas de innovación y adaptación (que es lo que produce el progreso en la ciencia económica); también la racionalidad limitada de H. Simon, la escuela austríaca, los institucionalistas, y los seguidores de la *Retórica de la Economía* de McCloskey. Todos ellos critican a los economistas que siguen apegados a la hipótesis de racionalidad y les invitan a abandonarla, al menos en ciertos contextos.

Yo también creo que es un error llevar demasiado lejos el axioma de la racionalidad en los individuos. Muchos economistas separan Economía y Sociología sobre la base de si la conducta parece racional o irracional, definiendo ambos términos en la penumbra de la teoría de la utilidad. Se identifica utilidad con egoísmo o propio interés, y se define la racionalidad como consistencia, es decir, con que las preferencias sean transitivas (Bell, 1981: 70). El meollo del asunto está en si la antítesis de racional es irracional en vez de no racional, y si las motivaciones no racionales pueden o no suministrar una base sólida para entender la conducta económica.

R. H. Frank (1988: 85, 146) ofrece también sus objeciones a la hipótesis de racionalidad y anota que los individuos obtienen satisfacción personal comportándose de un modo socialmente aceptado, incluso cuando su conducta no es observada por otros. Así, las contribuciones a causas benéficas se producen incluso cuando la omisión pasa inadvertida; y la gente se toma su trabajo para ir a votar aunque sabe que la probabilidad de que su voto influya de forma decisiva en el resultado final es casi nula. Es justamente este pluralismo axiológico el que es esencialmente imposible de medir.

Sin embargo, como cada escuela económica se esfuerza en definir sus propias cualidades y marcar sus diferencias con las otras, no se llega a producir el diálogo entre opciones teóricas alternativas; y no es porque falten las ideas con potencial de convertirse en germen de nuevos paradigmas. Por eso, el único enfoque constructivo es el que trata de descubrir las

similitudes entre las alternativas propuestas, no sus diferencias. Pero el escasísimo grado de apoyo que reciben los críticos de la racionalidad desde dentro de la propia profesión, refleja la predisposición entre los economistas a minimizar los compromisos psicológicos que acarrea la teoría económica (Reder, 1999: 126, 129). Lo que unifica a los anti-racionalistas es su oposición al Paradigma de la Asignación de Recursos como *exclusiva* fuente de explicación de la conducta humana y como una guía a sus mejoras.

Los evidentes dilemas teóricos creados por el modelo determinista clásico del Paradigma como un omnisciente calculador (el *Panopthicon* de B. Bentham), ha llevado a algunos teóricos a proponer teorías alternativas de la toma racional de decisiones, más compatibles con los procesos reales de tomas de decisión individual. Como ya se dijo, hay indicios de que se está formando una subcultura científica alrededor de la idea de que el proceso de elección racional implica distanciarse de la racionalidad estratégica.

El nuevo enfoque holista

Una cuestión previa es preguntarse qué relevancia tiene la discusión que venimos desarrollando sobre el papel del postulado de la racionalidad en la teoría económica. Tiene que ver con el hecho de que mucha gente cree que las teorías económicas están libres de juicios de valor y, por tanto, pueden ser validadas científicamente sin tener que considerar las opiniones éticas sobre las que las personas tienen opiniones diversas, opinión reforzada por los economistas que subestiman la misma idea de una objetividad libre de valores (Tiemstra, 1998: 48-9). En este escenario, los valores sólo tienen sitio cuando hablamos de elegir entre varios objetivos alcanzables; la relación funcional que en el sistema económico engarza medios y fines como causa y efecto, sería neutral respecto a los valores (que tampoco estarían sujetos a validación). La mayoría de los economistas están de acuerdo con el slogan atribuido al filósofo W. Dilthey: las ciencias explican, las humanidades entienden. Pero lo que acaba sucediendo es que uno no es capaz de entender lo que supuestamente está explicando, y el otro de

explicar lo que cree entender (Lavoie, 2000: 36). Ambos se presentan apelando a sus fines opuestos: encontrar leyes universales o identificar diferencias aisladas.

Las ciencias sociales libres de valores se apoyan en la distinción entre medios y fines. Los fines son entendidos como situaciones alternativas del sistema económico, alcanzables como resultado de la aplicación de políticas económicas distintas, que serían a su vez los medios. La tarea del economista, como científico social, consiste en explicar el nexo entre medios y fines. Por su carácter subjetivo los valores sólo tendrían vigencia en relación con los fines. Si el economista es honesto debería separar los resultados alcanzables de los que no lo son, es decir, aclarar qué ocurre en términos de eficiencia cuando se pone en marcha uno u otro *pluralismo axiológico* (equilibrio de valores). La cuestión no es reconducir el pluralismo axiológico a un monismo en el que sólo se admita un valor o en que los valores estén jerarquizados estrictamente (que viene a ser lo mismo) sino en mantener las diferencias e incluso en aumentar el número de éstas. Por esta vía se plantea la cuestión de cuál es el efecto de la globalización de la economía, en el sentido de imponer el criterio económico de eficiencia como valor por encima de los demás valores.

Mi hipótesis es que la alternativa racionalidad-valor o eficiencia-calidad sólo se da a partir de algún tipo de monismo, sea epistemológico, axiológico, ético o político. Si se da paso al pluralismo radical, la racionalidad se convierte en un valor, junto a otros, y los valores son susceptibles de racionalización. Los conceptos de calidad de vida o riqueza no tienen un significado único e inalterable espacial y temporalmente, sino que son el fruto de los equilibrios que en cada momento y en los distintos ámbitos se van encontrando entre los distintos fines humanos (de nuevo la cuestión de la globalización de la economía) ni tampoco pueden ser entendidos como sustitutos con pretensiones de exclusividad como valor para toda la sociedad del principio metodológico de la racionalidad estratégica.

Pero el problema en este esfuerzo de integración de valores es que disciplinas como la Economía en las últimas décadas han sido transformadas en ciencias positivistas, *libres de valores*. Así que el joven economista con inquietudes las tendrá que dejar de lado, ya que ha sido enseñado a considerar

las ideologías como *impuras* y sabe que uno de los requisitos para progresar es estar por encima de toda sospecha. La Economía como un modo específico de búsqueda intelectual en los asuntos humanos sólo puede existir en la medida que no pretenda reconocer e integrar el espectro completo de valores humanos básicos (Kristol, 1981: 216). La mayoría de los economistas están de acuerdo con esto, pero puntualizarían que hay disciplinas como la filosofía política, la filosofía moral, y la teología, cuya tarea es justamente ocuparse de estos asuntos *normativos*. Con ello olvidan que en teoría económica la mayoría de los desacuerdos están basados principalmente en cuestiones de orden normativo.

Creo que la racionalidad necesariamente lleva de la mano la prescripción, desde el momento en que sus componentes (ya sean medios o fines) exigen unas premisas previas para que sea un pensamiento coherente. Cualquier modelo de elección racional que se adopte en Economía está apoyado en principios normativos (el individualismo propio de nuestra ciencia se caracteriza por estar racionalmente orientado hacia los objetivos). Sólo programas normativos de fines y medios pueden guiar la deliberación razonada de los seres humanos. La visión tradicional simplifica enormemente el problema del papel de los valores en Economía; porque los juicios de valor están en la base de la mayoría de las disputas teóricas. La novedad de este planteamiento reside en tres puntos:

- a) una nueva visión de la Economía no desde el conflicto de intereses sino como búsqueda del respeto del mayor número posible de diferencias; no como simple búsqueda del bienestar sino como definición cambiante y flexible, en ámbitos plurales, del núcleo axiológico plural;
- b) el empeño de superar la radical discrepancia entre racionalidad y valores, asumiendo que la racionalidad no es sino uno más en una amplia constelación de valores, cada uno de los cuales está sujeto a racionalización;
- c) el compromiso de centrarse en los aspectos prácticos y axiológicos que trae consigo cada proceso de toma de decisiones.

Las premisas más enraizadas en buena parte de la profesión son los postulados de maximización del beneficio y de la utilidad, y de minimización

de los costes. En la medida que la Economía se ha convertido en una de las fuerzas llamadas a ordenar la vida social, la eficiencia tiende a ser *el* criterio para juzgar el resultado económico. Etzioni (1988) insiste en que los individuos toman sus decisiones no sólo teniendo en mente criterios de eficiencia, sino que piensan en los valores éticos de la sociedad. Los economistas pueden dar la falsa impresión de que hay una sola elección que ‘objetivamente’ maximice el beneficio, que es único el camino sensato por el que se obtiene beneficio. Así se pierde la posibilidad de un mundo común para las ciencias cuando el camino que se sigue es poner a todos las gafas de la Economía, cuando la riqueza de la esfera pública estriba precisamente en la presencia simultánea de diversos enfoques al mismo problema.

Pero todos sabemos que las empresas maximizan muchas cosas diferentes de la pura eficiencia. Parece que si no parte de un concepto así de racionalidad (la racionalidad estratégica) la ciencia económica no sabe cómo funcionar, se pierde, no tiene ningún principio que la estructure como ciencia. Desde esa racionalidad desenfocada la ciencia económica construye un mundo cuyo valor fundamental es la eficiencia (maximización del beneficio). En la concreción de sus análisis puede dejar algún resquicio a la incorporación de valores, pero siempre como algo subsidiario. Pero es dudoso mantener un monismo axiológico en el trabajo económico práctico. La cuestión central es si la actual Economía es *monista* en su núcleo central (axiológico) o es *holista* (la ciencia de la dirección empresarial, por ejemplo, incluye una variedad de valores). La eficiencia solía acompañar a otros valores que pertenecen al núcleo central pero, en la práctica de cada día, una racionalidad económica monista suele integrar y sacrificar tal diversidad de valores en el sagrado altar de la eficiencia. A los otros valores se les concede un papel marginal o simplemente se les elimina de un plumazo. Porque asumir valores como la estabilidad social o la ecología implica gastos (y quizá ineficiencia económica) que algunas veces son muy caros.

Definir la racionalidad en términos holistas y comprensivos (como integración y deliberación ética de todos los aspectos de una acción) permite al individuo ocuparse de la toma de decisiones, y le inmuniza contra la excesiva formalización matemática (Koslowski, 1985: 10). La reducción de rigor

formal se ve compensada por la más comprehensiva inclusión de los aspectos holistas de la existencia humana. Una conducta racional exige que los economistas se apliquen a comunicar sus ideas a una audiencia lo más amplia posible. Si las ciencias sociales han sido capaces de encontrar esa audiencia amplia, no hay razón por la cual los economistas no puedan encontrar quien les escuche.

El reto que tiene por delante la Economía es la habilidad para dar cabida en sus análisis a otros valores (seguridad, cohesión social, satisfacción personal) de modo que se evite el papel tan dominante de la racionalidad económica. La experiencia demuestra que a medida que incorporamos otros valores como la redistribución de la riqueza o la justicia para medir la calidad de los bienes y servicios suministrados por el mercado, mejora la totalidad del sistema social. Estos valores añadidos actúan como contrapeso a la utilidad o la eficiencia. Lo que significa volver a una visión más política (en el sentido clásico de *política*) de la sociedad. La idea de que política y economía son válidas para ámbitos distintos o que en caso de conflicto la Economía tiene la última palabra, mantiene tozudamente su validez. Y es esa habilidad para integrar valores opuestos en un sistema armónico la que nos sirve para evaluar positivamente un sistema de valores.

De hecho, los economistas no usan otras herramientas de evaluación que la eficiencia y la racionalidad que llamamos estratégica, lo que suele terminar en el acrítico empleo de métodos matemáticos. Nuestra ciencia está en peligro de deslizarse hacia un nuevo imperialismo: la lógica económica sería el valor exclusivo sobre el que construir la sociedad (Zaratiegui, 1999: 212). Más aún, lo que se considera racional en términos económicos debería serlo también a la luz de consideraciones morales, cuando sea oportuno aplicar ese prisma. Aunque la interrelación y solapamiento de disciplinas científicas es un fenómeno común a las ciencias sociales, la Economía abusa en ocasiones de la ventaja que le da la simplicidad de los modelos que usa, en comparación con otras ciencias sociales.

Una manera de evitar tal imperialismo es integrar la ciencia económica en un horizonte más *político* de la sociedad. Este es el punto de vista de Habermas: las consideraciones económicas deberían estar subordinadas al

liderazgo democrático y comunicativo (Calhoun, 1992). En el sentido más estricto del término, se refiere a la *racionalidad instrumental*, donde se ve a cada actor como un simple calculador de sus ventajas estratégicas sobre los demás, una especie de egoísta maximización de la riqueza (Lavoie, 2000: 40-1). Esa noción está muy cerca de nuestra *racionalidad estratégica*. Porque entre los economistas es tema muy controvertido que las funciones de utilidad de los individuos estén perfectamente especificadas: muchos de ellos admitirían que la mayoría de la gente tiene funciones de utilidad interdependientes, lo cual es un modo poco elegante de negar tal racionalidad.

El problema estriba en la relación entre el ámbito económico (donde hechos y valores aparecen mezclados) y otros ámbitos de la vida social, incluido el político. Sucede que las ideologías individualistas tienen consecuencias económicas con las que no nos gusta lidiar, pero que no tenemos más remedio que aceptar, salvo que salgamos del estrecho carril individualista (Dumont, 1985: 259). Sin embargo, si es cierto que la ideología ha sido y es un obstáculo al progreso, entonces deberíamos exponer el problema a plena luz y no evitarlo o tratar de suprimirlo (Leijonhufvud, 1985: 184). Porque es un error igualar valores e ideología: el problema de la ideología es tratar de mantener las valoraciones políticas personales al margen de la teoría económica. Si tratamos de rodear la dificultad, no sabremos nunca dónde están los puntos de desencuentro y por qué estamos condenados a revivir una vez y otra las viejas disputas. Podría ayudar si los economistas pudieran resignarse a la idea de que, hagan lo que hagan, vivirán siempre bajo sospecha de predisposición ideológica. La dificultad no existiría si no hubiera varias teorías (paradigmas) en disputa.

Cuando los economistas trabajan bajo el paraguas de esa *racionalidad estratégica* aparece siempre una aparente discrepancia entre los principios de eficiencia y equidad, que no se da en la realidad. Un valor por sí mismo no es capaz de sostener todo un sistema económico o social. Ambos valores han de trabajar juntos. El punto clave es analizar la pluralidad de valores que hay detrás de un sistema económico concreto y la ponderación respectiva de eficiencia y equidad. Esta torpeza para manejar cuestiones relacionadas con la equidad provoca que, invocando el mantra de la eficiencia, se pueda

destruir la cohesión de la sociedad, por ejemplo a través de despidos masivos. Hay un *trade-off* continuo entre ambos: una sociedad desintegrada puede ser eficiente durante un tiempo, pero al final la sociedad vuelve siempre a una actitud comprometida a causa de la desigualdad que se ha creado. Aquí está la diferencia entre el modelo anglosajón (inclinado hacia la eficiencia) y el de la Europa continental (más proclive a la equidad).

La cuestión no estriba tanto en que la Economía incorpore elementos valorativos que anulen el único principio a partir del cual puede funcionar (racionalidad estratégica, eficacia) sino en que el suyo no sea el único valor que constituya una sociedad. Se necesita reintegrar la economía en una visión más política, en el sentido más noble de la palabra: la capacidad de integrar valores, múltiples y opuestos. Lo cual requiere:

- a) convertir en valor para la sociedad el principio metodológico de la racionalidad estratégica y de la eficiencia, en las que se basa la ciencia económica;
- b) aplicar a la ciencia económica el principio de flexibilidad: no hay un mundo económico *per se* basado en el principio de eficiencia, sino que los humanos construyen así el mundo usando también valores tomados de la Economía (se trata de des-esencializar el valor de los principios económicos);
- c) impedir que la eficiencia económica sea el único valor de la sociedad: la ciencia económica debe dejar de ser un gran relato, y reconocer y asumir su limitación.

Conclusión

En este trabajo analizo el concepto de racionalidad estratégica para intentar explicar los problemas –que a veces parecen insolubles– a los que se enfrenta la Economía. Desde ese concepto, erróneo a mi juicio, se construye un mundo en el que la eficiencia es el valor principal, y se deja fuera otros valores: el criterio económico estricto es el único que cuenta. Opino, en cambio, que es nuestra responsabilidad buscar vías alternativas para que convivan en

equilibrio valores diferentes, equilibrio que cambiará en función de las necesidades a satisfacer. Se abre entonces un amplio abanico de objetivos alternativos: crecimiento de la riqueza individual, calidad de vida, ecología, respeto a la libertad y las diversas sensibilidades, etc. En definitiva, el problema no es tanto si se hablan lenguajes diferentes, sino qué clase de comunicación existe entre los criterios económicos y los otras ciencias sociales. No hay un único equilibrio axiológico en la sociedad: varios de ellos podrían trabajar juntos.

REFERENCIAS

- Bell, D. & Kristol, I. (eds.) (1981), *The Crisis in Economic Theory*, New York: Basic Books.
- Calhoun, C. (ed.) (1992), *Habermas and the Public Sphere*, Cambridge, MA: The MIT Press.
- Dumont, L. (1985), "The Economic Mode of Thought in an Anthropological Perspective", in Koslowski, Op. Cit., pp. 251-261
- Etzioni, A. (1988), *The Moral Dimension. Towards a New Economics*, New York: The Free Press.
- Fitzgibbons, A. (1997), "Rationalism and Anti-Rationalism", *History of Economics Review*, 26:172-3.
- Frank, R. H. (1988), *Passions within Reason*, New York: Norton.
- Gómez, J. (2000), "Rationality in Economics: An Essay on Methodology and Psychology", *Boletín de Estudios Económicos*, LV (170), 303-32.
- Keita, L. D. (1992), *Science, Rationality, and Neoclassical Economics*, Newark: University of Delaware Press.
- Klamer, A. & Colander, D. (1987), "Making of an Economist", *Journal of Economic Perspectives*, 1 (2), 95-111.
- Koslowski, P. (ed.) (1985), *Economics and Philosophy*, Tübingen: J.C.B. Mohr.
- Lavoie, D. & Chamlee-Wright, E. (2000), *Culture and Enterprise: The Development, Representation and Morality of Business*, London and New York: Routledge.
- Leijonhufvud, A. (1985), "Ideology and Analysis in Macroeconomics", in Koslowski, Op. Cit., pp. 182-207.
- Myrdal G. (1958), *Value in Social Theory*, New York: Harper.

- Reder, M. (1999), *Economics: The Culture of a Controversial Science*, Chicago and London: Chicago UP.
- Schnädelbach, H (ed.) (1984), *Rationalität. Philosophische Beiträge*, Frankfurt: Suhrkamp.
- Tiemstra, J. (1998), "Why Economists Disagree", *Challenge*, May-June, 41 (3), 46-62.
- Zaratiegui, J. (1999), "The Imperialism of Economics Over Ethics", *Markets & Morality*, 2 (2): 208-19.